

LOS "INDIOS INFIELES" DE LA BANDA ORIENTAL Y SU PARTICIPACION EN LA GUERRA GUARANÍTICA

Leonel Cabrera Pérez*

Hacia mediados del siglo XVIII la Banda Oriental seguía siendo un territorio marginal en el proceso colonizador. Sólo sus extremos, el Sur, disputado tenazmente entre portugueses y españoles, y el Norte, incluido en el espacio Misionero, se habían poblado en forma estable. El resto era dominio de los "indios infieles" al decir de los Jesuítas; Charrúas, Minuanes, Bohanes y Guenoas quienes, al adquirir el espacio significado económico con la procreación masiva del ganado, poco a poco lo deben compartir con una heterogénea masa social que va a ir perfilando un carácter y una estructura social propios.

La guerra guaraníca implicó un hondo sacudimiento en el ánimo de los habitantes indígenas del área. Amalgamó sentimientos, rebeldías; capitalizó esfuerzos en pos de una empresa común. Para los indígenas "gentiles" de la Banda Oriental además, supuso una vertiginosa aceleración del proceso de aculturación que se venía operando en los grupos, postergado en parte, por ese escaso interés que habían despertado hasta ese momento sus territorios.

En este trabajo analizaremos algunos de los aspectos más significativos que se relacionan con los hechos y las consecuencias provocados directa o indirectamente por la llamada "Guerra Guaranítica" entre Charrúas y Minuanes. Ella determinó un proceso complejo y poco valorado aún, fundamentalmente si lo enfocamos desde el punto de vista del indígena.

LOS INDIGENAS DE LA BANDA ORIENTAL

La población indígena de la Banda Oriental, en lo que tiene que ver con aquellos grupos organizados en bandas de cazadores-recolectores, había sufrido en el contacto con el europeo una deculturación notoria, encontrándose muchos de los grupos o parcialidades en el momento de la Guerra Guaranítica en franco proceso de fusionamiento o extinción.

La escasa población comprendida por estos grupos, su organización socio-política, más los múltiples aspectos que determinaron una relación en

general conflictiva con el conquistador o el colonizador, ya sea en lo económico o en lo social, llevó a la marginalidad a estos indígenas con el paulatino deterioro de sus estructuras socio-culturales. Uno de los factores de gran impacto había sido la introducción de la ganadería en la región; la cual sacudió hondamente sus estructuras básicas, modificando su economía, su ergología y dándole a su nomadismo o seminomadismo una movilidad inusitada, poniéndolos en contacto con nuevos grupos y nuevos ambientes. Dados los intereses mercantilistas de la Corona Hispánica en los primeros tiempos de la conquista y dado el escaso valor de nuestros territorios en lo que tiene que ver con metales y piedras preciosas, sus tierras fueron quedando al margen de los esfuerzos de conquista y colonización, con excepción del área Norte donde los Jesuítas habían desplegado su acción misionera. Recién a partir de fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, a causa de la riqueza ganadera procreada es que las miradas se vuelcan hacia la Banda Oriental. Hasta ese momento el contacto con el indígena había sido esporádico y casi exclusivamente en lo que respecta al litoral atlántico o de los grandes ríos limítrofes.

Por 1750 encontramos como centros poblados, además de los pueblos Misioneros, la Colonia del Sacramento, Santo Domingo Soriano y Montevideo, cubriendo asimismo la zona inmediata al Bajo Uruguay o el Río de la Plata las estancias concebidas ya sea por Buenos Aires o a través del Cabildo de Montevideo. La "frontera" de San Felipe y Santiago de Montevideo no se extendía más de 50 ó 60km a partir de sus murallas. Más allá estaban las tierras realengas de los "bárbaros" y del faenero.

A partir de 1760, concluída ya la Guerra Guaranítica y con un conocimiento mayor del territorio, la colonización adquiere un auge inusitado, llevándose la frontera cada vez más al norte, recrudeciendo las persecuciones contra el indio y los intentos de sometimiento o aniquilamiento. Ahora sí la tierra había adquirido interés económico.

Durante el siglo XVII y en particular en su primera mitad, se dan algunos intentos de sometimiento del indígena de estas tierras a reducciones; esfuerzos que son llevados a cabo por Jesuítas primero y por Franciscanos y Dominicos después. Sin embargo, con excepción de Santo Domingo Soriano y de Concepción de Cayastá, ya en el siglo XVIII, los resultados fueron nulos; básicamente por la falta de recursos y el tipo de organización socio-cultural de estos grupos indígenas.

A partir de la fundación de la Colonia del Sacramento (1680); de la penetración misionera con sus arreadas de ganado de la "Vaquería del Mar", y la instalación del elemento criollo de Corrientes, Santa Fé y Buenos Aires con el fin de hacer corambre comienza un contacto intenso entre Minuanes, Charúas y Guenoas y estos nuevos ocupantes de la tierra. En particular, los portugueses organizaron su relación de intercambio de cueros y ganados por tabaco, aguardiente y "chuzas"; explotándolos además, no pocas veces, como

cuerpo armado contra españoles y misioneros, incitándoles al ataque y hostigamiento constante de estos pobladores. Pero de hecho, las relaciones comerciales y de intercambio se dieron en mayor o menor grado con todos los grupos que poblaban el sur de la Banda Oriental.

EL TRATADO DE MADRID

Con la firma del Tratado de Madrid se pretendía poner fin al largo conflicto que desde el siglo XVI se mantenía por la posesión del Río de la Plata y sus territorios entre los reinos Ibéricos. En realidad una vez más estaban la miopía de la Corona Española por un lado y la tenaz diplomacia Lusitana por otro, quienes habían sabido extender incesantemente los menguados dominios concedidos por Tordecillas. Alfirmarse el Tratado, el tema central gira en torno de la tan disputada Colonia del Sacramento, el enclave portugués del Río de la Plata, interviniendo además un cúmulo de intrigas palaciegas, ambiciones y personalismos. El otro polo de la discordia lo van a conformar las Misiones Orientales del Río Uruguay, cuyos pueblos habían constituido para los lusitanos, una infranqueable barrera a sus intereses expansivos.

Independientemente de su estrategia ubicación de avanzada y control de los territorios sureños la Colonia del Sacramento significaba, tanto para Portugal como para España, un factor de orgullo con sus conquistas y entregas sucesivas, perdida por las armas y reconquistada por la astuta diplomacia una y otra vez. Para España suponía además, un constante peligro que como una especie de cuña se introducía en sus dominios. Astutamente Portugal hizo una vez más, que en torno a la tan mentada posición girara toda la "máquina armada contra España".¹

El 13 de enero de 1750 se firmaba un tratado de límites por el cual se entregaba la disputada Colonia del Plata a la Corona Española y en compensación ésta otorgaba a Portugal la región comprendida entre Castilhos hasta las nacientes del Ibicuí por una parte, y por otra, los territorios comprendidos entre éste y el Río Uruguay. En dichos territorios se levantaban los siete Pueblos Misioneros de la Compañía de Jesús, con una población de casi 30.000 individuos. Se preveía en el Tratado el traslado de dichos vasallos del Rey de España a sus territorios vecinos, con una compensación de 1 peso por "alma" por los perjuicios ocasionados.

Las noticias de la firma del acuerdo llegan a América. El secreto hasta ese entonces había sido total sin haberse consultado a las autoridades americanas, resolviendo gente e intereses que poco sabían de los territorios sobre los que estaban pactando. Los Jesuitas se enteran de lo firmado en Madrid por noticias infiltradas desde la Colonia del Sacramento en los primeros días de setiembre de 1750. A medida que el Tratado toma estado público, muchas voces, tanto en la Península como en el Nuevo Mundo, se yerguen haciendo va-

ler sentimientos, razones jurídicas sustentadas en el “derecho natural” de los pueblos, etc.

Los monarcas habían previsto la oposición de los Jesuítas pero no habían valorado en ningún momento, la oposición que podría plantear el indígena, al cual se suponía un simple instrumento de obediencia ciega al misionero.

Los Jesuítas envían largas peticiones a las distintas autoridades y a aquellos como el confesor de Fernando VI que podrían interceder en beneficio de los desposeídos. En ellas se planteaba la posibilidad de un levantamiento armado. “El trasladar a los indios de los siete pueblos, — decía el P. Lozano en una de estas representaciones —, parece ser contra el derecho natural de dichos indios a su libertad, a sus haciendas, a sus tierras y bienes raíces y a su conservación...”² Pero la empresa siguió adelante.

Como comisarios del Tratado se habían nombrado al Marqués de Valdeirio por España y Gómes Freire de Andrade, Capitán General de Río de Janeiro, por Portugal. Como representante del General de la Orden Jesuíta venía el P. Luis Altamirano con el fin de supervisar las diligencias del traslado.

LA RESISTENCIA

Poco a poco las noticias del Tratado llegan a América creando en primer lugar estupor y desconcierto, luego una rebeldía que, más o menos secreta al principio, se va generalizando, haciéndose pública.

Se le encarga sabiamente a Bernardo Nusdorffer el cometido de explicar a cada pueblo cuál era la voluntad del Rey. Su prestigio y elocuencia fueron una buena arma para conquistar en un primer momento el voto favorable de todos los pueblos con la sola excepción del de San Nicolás.

Comienzan los preparativos para los traslados de los Siete Pueblos, dando cumplimiento al Tratado y con este fin se envían grupos de exploradores para hallar una nueva ubicación; unos bajando a los territorios de la actual República Oriental del Uruguay, otros cruzando hacia el Oeste, hacia la Mesopotamia Argentina.

La desazón fue apoderándose poco a poco de los indígenas. Era mucho lo que abandonaban y sin entender además por qué. Era empezar de nuevo, repitiendo fatigas y zozobras que ya suponían superadas para siempre. Se perdían los hogares, estancias y yerbales; los factores económicos sumados a los afectivos eran sin duda, significativos. Las tareas preparatorias de los traslados — desmonte, preparación de tablas, armados de casas, etc. —, se fueran enlenteciendo poco a poco.

Llegan al fin en 1752 los Comisarios Reales para la demarcación, con un retraso de casi dos años, impacientes por concluir lo acordado en el Tratado unos, con el ánimo de volver a Europa lo antes posible y dejar estas tierras de

penuria y austeridad, y otros, por entrar en posesión de los nuevos territorios supuestamente ricos y promisoros.

No se escatima en presiones y en amenazas, en particular sobre los Padres Misioneros a quienes se suponía capaces de inducir cualquier respuesta por parte de los indígenas. "Según opinaban, los indios no tenían voluntad propia y eran como unas cosas que los misioneros podían mover a su talante".³

Los misioneros prudentes y conocedores de los indígenas señalaban que "el único medio de lograr la emigración era no precipitarla, y todo estaba en riesgo si a la dulzura y el convencimiento se sustituía la violencia".⁴ Los misioneros no fueron escuchados, pues se los creía movidos por el interés.

La actitud de resistencia presentada inicialmente por los indios de San Nicolás fue asumida hacia mediados de 1752 también por el pueblo de San Miguel, en medio de visiones y apariciones reveladoras del Santo patrono que ordenaba no dejar el pueblo. La desobediencia se hizo notoria. Comienzan a circular las más variadas versiones respecto del Tratado y aquellos enviados para su cumplimiento.

La demarcación, con mil dificultades y contratiempos, comienza a partir de Castillos Grandes. Algunos hechos confusos como el llamado "incidente de Santa Tecla" protagonizado por José Tiarayú — el célebre Capitán Sepé, caudillo del levantamiento armado en gestación —, hacen que la situación haga crisis hacia principios de 1753. Se generalizó entre los Comisarios demarcadores la opinión de que se debía llevar la guerra a los indios y a sus curas a quienes se hacía responsables del comportamiento de los indígenas. Se debía someter a unos y a otros por la fuerza y hacer cumplir lo pactado por los Reinos Ibéricos.

Lentamente comienzan a moverse los ejércitos; el español comandado por el Gobernador de Buenos Aires, José Andonaegui y el portugués, bajo el mando directo de Gómez Freire.

A principios de 1754 todos los pueblos estaban levantados en armas. Las mayores escaramuzas y enfrentamientos se dieron en el frente portugués ya que los españoles, enredados en dificultades de movilidad e inoperancia no llegaron siquiera a aproximarse al objetivo que era entrar por San Borja bordeando el Río Uruguay.

A fines de 1754 se acuerda una tregua entre portugueses e indígenas que divide los enfrentamientos de la Guerra Guaranítica en dos partes. Se aprovechó la misma para ajustar la táctica entre los dos ejércitos, acordando juntarse en Santa Tecla y desde allí irrumpir en las Reducciones.

Los indios misioneros, por su parte, roto el sistema implantado por los Jesuitas y sujetos a su propio albedrío e iniciativas, poco hicieron por prepararse para enfrentar los tiempos difíciles que se avecinaban. Las propias rivalidades y desavenencias son un factor clave para comprender la desorganiza-

ción interna, a pesar de los denodados esfuerzos de Nicolás Ñeenguirú y del carismático Capitán Sepé.

Se fueron dando frecuentes escaramuzas y también batallas como la de Caabaté donde perecieron más de 1.500 indígenas, derrumbándose poco a poco la resistencia. En mayo de 1756 las fuerzas peninsulares llégan a San Miguel hallándolo desamparado. Poco a poco se fueron presentando los cabildos y sus pueblos a rendir obediencia al Gobernador español.⁵ Así concluía la “Guerra Guaranítica” y se retomaban los preparativos del traslado de los Siete Pueblos. Pero ahora los intereses habían variado. El afán y los apuros por el cumplimiento del Tratado se van perdiendo. El propio Gómez Freire, talvez convencido de que las riquezas encerradas en los territorios de las Misiones, tan mentadas en el Viejo Mundo, no se veían tan atractivas, poco a poco pasa de promotor a opositor del Tratado. Con la muerte del Rey de España, Fernando VI, y la llegada al trono de Carlos III, se generaliza la idea de que el Tratado debía ser anulado.

Así, irónicamente se acordó que se “repongan las cosas en el ser y estado que tenían antes del referido año de 1750”, como si esto fuera posible.⁶ Como señala Furlong,⁷ qué difícil debió ser para el hombre común, para el indio, comprender el accionar de los grandes políticos de las Cortes europeas, que después de tanta sangre, sacrificios y trastornos, del aniquilamiento de pueblos y haciendas, ordenaran simplemente que las cosas se “repongan en el ser y estado que tenían”.

Volvieron pues a cruzar el Uruguay y buscar sus antiguos lares, pero la población ya había disminuido en un cincuenta por ciento. Unos habían sucumbido defendiendo con su sangre la tierra de los suyos y la mayoría había huído retornando a los montes o “se agregaron a las tribus paganas de los Charrúas y Minuanes”.⁸ Otros habían emigrado hacia las zonas pobladas en pos de un mejor porvenir.

LA PACIFICACION DE LOS “INFIELES”

Con anterioridad a la Guerra Guaranítica, la relación de los “indios infieles” con los españoles había sido de enfrentamiento casi constante con algunos escasos períodos de paz, impuesta fundamentalmente por las armas de los cuerpos de voluntarios formados con los pobladores de la Jurisdicción de Montevideo. El resultado de estas campañas había sido invariablemente la matanza de un buen número de los guerreros, un contingente de prisioneros — en general mujeres y niños —, eran repartidos entre la población estable y el cuerpo de tropa o remitido a las misiones para ser incorporados a la población indígenas de dichos pueblos.⁹

Con el fin de lograr una pacificación estable se intenta hacia fines de la primera mitad del siglo XVIII, solicitar el apoyo de la Compañía de Jesús con

el fin de establecer una Reducción minuán en la Jurisdicción de Montevideo.¹⁰ Sin embargo, recién en 1746 la Orden Jesuíta va a fijar residencia en dicha ciudad y al parecer, no se contaban entre sus fines prioritarios el sometimiento a reducciones de dichos infieles, sino más bien, las actividades económicas y la enseñanza. A nivel del Gobierno de Buenos Aires sin embargo, se mantendrían los planes en relación a la nueva reducción.

En 1751, inesperadamente, un grupo de Minuanes ataca los establecimientos de la Calera del Rey en las proximidades de Santa Lucía, matando y robando ganados. De inmediato, como era de uso y costumbre, se instrumenta una represalia la cual estará a cargo del Maestre de Campo Manuel Domínguez, quien llevaba entre sus cometidos la drástica consigna de Andonaegui: que los "pase a cuchillo sino se contenian despues de aberlos requerido de paz y buena correspondenzia, por si por este medio podiamos ganar sus almas que es la mente de S.M. . .".¹¹

Domínguez les da alcance a los indígenas en las costas del Tacuarí, desatándose una encarnizada lucha cuyo resultado fue también el acostumbrado: Un cacique con su gente "se retiró a los de las Misiones a los Pueblos con sus Parziales". 124 cautivos que fueron repartidos "para contentar la Gente, Soldados, y Vezinos", 325 caballos y "mas de 125. Indios muertos en el campo sin poder numerar los q.e murieron en el Rio ahogados".¹²

Los ánimos pues, entre indígenas y españoles, debían estar bastante caldeados al ponerse en práctica la demarcación de límites y el traslado de los Siete Pueblos.

LA PARTICIPACION EN LA GUERRA

La primera referencia que tenemos de un acercamiento entre los "indios infieles" de la Banda Oriental y los indígenas de los siete pueblos misioneros, corresponde a setiembre de 1753,¹³ aunque cabe suponer que existe todo un proceso previo que lleva a esta situación. Nos dice el P. Bernardo Nussdorffer: "Vinieron a S. Luis 9 Casiques de los Infieles Guenoas y Minuanes y Charrúas, entraron en el Pueblo y fueron recibidos de los Indios" guaraníes, y agrega "como si fuesen sus antiguos amigos, siendo assi que aora pocos años estuvieran en viva guerra, y nunca se hubieran atrevido de meterse en aquellos Pueblos sin tener su venia bien asegurada. Sospecharon pues los PP. que habian sido llamados de nuestros Indios para tratar con ellos los negocios corrientes. Irritáronse largamente entre sí sin saber los PP. lo que avían concluido". Luego de acordado el punto los caciques guaraníes pidieron a los padres les "regalassen a los Infieles con yerba, tabaco y ropa en sus almacenes, y lo hubieran de hazer sin poderlo impedir, porque, escribiendo de esto un P. de allá dice: Nosotros ya no gobernamos. Ellos [los guaraníes] gobiernan y nosotros obedecemos".¹⁴ Esta "alianza" entre "indios infieles" e "indios cristia-

nos” se mantuvo hasta los últimos momentos del levantamiento guaraní, cumpliendo los primeros un papel mucho más trascendente de lo que testimonia la mayoría de las crónicas de guerra existentes sobre el tema.

Las referencias respecto de este acercamiento de Charrúas y Minuanes a los Pueblos Misioneros aparece en múltiples documentos de la época y era evidentemente un hecho notorio y conocido. El Gobernador de Montevideo, Joaquín de Viana, en sus declaraciones hechas ante la Junta de Guerra celebrada en 1755 en el Río Negro expresaba:

“Como consta de las declaraciones de los Yndios pricioneros del Pueblo de Yapeyú, en todo este Campo especialmente en las Costas de S^{ta} Tecla, S^o Antonio, y Caydas del Río Grande, mantienen [los guaraníes], sus Piquetes fuertes y vnidos con los Charruas, Bojanes, y Minuanes, todos los cuales son Ynfieles que continuamente han hostilizado matando, y robando en los partidos de Montevideo, Viboras, Bacas, y Santo Domingo Soriano; Y finalmente se sabe, estan coligados estos, y amparados de los Pueblos rebeldes, fomentandolos con lo que necessitan dhos infieles”.¹⁵

Igualmente, en las declaraciones tomadas por el Maestre de Campo Manuel Domínguez en 1754, a un tape fugitivo del pueblo de La Cruz llamado Cristóbal Yaguierre o Yacaguiré, señalaba que

“... el R.P. Cura nom. do Antonio que lo es del Pueblo de la Cruz, este por si mismo tenía congregado y Gratificado a Yndios Ynfieles parcialidades Charruas, Bojanes y minuanes dandoles yerba, tabaco, y otros efectos, Cuias parcialidades las Comandava un Indio de la misma nacion llamado d.n Jph solo con el fin de que reconozca las Campañas sus entradas, y salidas, y q.e de todo dize pronto auiso de cualquier resulta, y se incorporase con los Cuerpos de Yndios Guaranies para ayuda de ellos en defensa de sus pueblos”.¹⁶

En algunos documentos, en particular los informes elevados por parte de los pueblos al P. Altamirano o de éste a Andonaegui, se reitera el posible enfrentamiento o temor por parte de los indígenas de aquellos pueblos cuyos padres habían decidido se trasladasen hacia el Sur en territorio realengo, habitat de Charrúas y Minuanes.¹⁷ Sin embargo, esto parece ser más un pretexto para demorar el traslado que un temor real fundado en los enfrentamientos pasados, ya que cuando se instrumentan batidas para desalojar a los “infieles”, inmediatamente se considera por parte de los pueblos, innecesaria tal acción.¹⁸

Es evidente que uno de los aportes importantes que hicieron Charrúas y Minuanes a los rebeldes, fue su conocimiento minucioso del territorio, lo que

les permitió seguir paso a paso los movimientos de los ejércitos Luso-hispanos, comunicándolos rápidamente a los Pueblos Misioneros. Dice el P. Henis:

"A mediados del mes de Enero del año de 1754, confederados á los Guaraníes los Guenoas gentiles, que diligentemente egercían el oficio de exploradores, hicieron saber á todos los habitantes de los pueblos, que á las cabeceras del Rio Negro se veía un numeroso escuadron de Portugueses. Con esta noticia se tocó al arma por todas partes, se despacharon por los pueblos presurosos correos, se hicieron cabildos, se tomaron pareceres, y unánimemente proclamaron que debian defenderse".¹⁹

Las fuerzas aportadas por los "infieles" no son significativas desde el punto de vista cuantitativo, lo cual coincide con la situación social y demográfica de estos grupos. Unos pocos cientos de individuos son incorporados a estas actividades bélicas en los distintos frentes de hostigamiento.²⁰

Los Charrúas aparecen actuando más en relación con el frente del Oeste, mientras que Guenoas y sobre todo Minuanes, actúan en el Este en relación con el control y hostigamiento de las fuerzas portuguesas.

Los indígenas "infieles" de la Banda Oriental constituyeron fundamentalmente un cuerpo de observación y guerrilla si bien tomaron también su parte en los enfrentamientos armados decisivos con pérdidas notorias. El Padre Henis nos relata que luego de la sangrienta matanza de Caaibaté "los primeros que volaron al lugar de la mortandad que acababa de hacerse, fueron 130 Guanoas [sic], gentiles confederados, quienes, viendo el destrozo ó estrago de los suyos, y el campo sembrado de cadáveres, gimieron, y también derramaron lágrimas".²¹

Pero su tarea fundamental fue "bombear" al enemigo y trabar su desplazamiento. Arreaban los ganados, les robaban la caballada si podían o quemaban los campos por donde debían pasar las tropas hispano-portuguesas. Las tropas sólo encontraban poblados y mieses arrasadas. Los ganados que no podían arrear aparecían "mortos a lança" en sus corrales. Así lo indica el Capitán Rodríguez da Cunha en su diario.²² Como señala Acosta y Lara "... alejarse de los campamentos constituía serio riesgo, y no fueron pocos los rezagados y distraídos que desaparecieron para siempre, tan rápidos eran los indios en sus golpes de sorpresa".²³ En más de una oportunidad los portugueses trataron como en otros tiempos, de atraerse la voluntad y cooperación de los Minuanes con dádivas y ofrecimientos generosos, sin que éstos surtieran mayor efecto.²⁴

ACULTURACION

Es evidente que este período de relación estrecha y aún de convivencia entre Charrúas y Minuanes, con el elemento indígena misionero durante varios años implicó una aceleración notoria del proceso de aculturación que se venía dando dentro de estos grupos indígenas de la Banda Oriental. La relación constante, el intercambio, no sólo en lo que tiene que ver con el elemento guerrero, sino de todo el grupo, ya que se trasladaba toda la unidad social, significó la introducción de nuevas pautas culturales en desmedro de aquellas propias del grupo. Muchos incluso, durante esta estadía, habrían sido bautizados y vemos cómo en las menciones posteriores a esto episodios, aparecen frecuentemente nombres cristianos designando a estos indígenas. Si tomamos en cuenta las crónicas inmediatamente posteriores al insuceso, resultan claros los signos de aculturación señalados. Cuando la expedición de Bougainville llega a Montevideo de paso para las Malvinas, a fines de 1763, el benedictino Antonio J. Pernetty observa a los Minuanes en las calles de la ciudad y en las tabernas, y un oficial les informa que no hablan el español sino la lengua "du Pará", es decir del Paraguay,²⁵ "mezclado con la de los indios de las tierras circunvecinas".²⁶ Hay varias referencias de esa época que muestran el conocimiento y el uso frecuente que hacían dichos indígenas de la lengua guaraní.²⁷ Igualmente señala Pernetty en lo que respecta a su economía que "las mujeres están ocupadas en cultivar la mandioca, y en prepararla para hacer el cazabe".²⁸ Sin embargo creemos que es una extrapolación que hace el cronista, de información correspondiente a otras áreas y a otros grupos, ya que habrían serios reparos para aceptar tal información, no registrada por otros autores. Supondría la introducción en el grupo de pautas culturales que implican, de alguna manera, una lenta readaptación cultural; es por ello que resulta poco probable. En cambio, sí son evidentes otros elementos introducidos en la cultura indígena, incluso el sosiego mostrado por esos tiempos.

A partir de 1762 se había dado un acercamiento entre los Minuanes y los pobladores de Montevideo, firmándose un acuerdo de paz con el Cabildo de la ciudad. Se afincan los aborígenes en la Jurisdicción y por espacio de poco más de dos años se dará un contacto intenso con la ciudad, fuente de intercambio y de satisfacción de los vicios aprendidos: el juego y el alcohol.²⁹ En lo que tiene que ver con los guaraníes misioneros se había consolidado aparentemente una relación bastante estrecha, que se puede observar en diferentes testimonios posteriores. Azara, por ejemplo, encuentra en 1784, a Charrúas y Minuanes en el Pueblo de San Miguel donde en una festividad "corrían 'parejas' y sortijas juntamente con los guaraníes, recibiendo entonces Tupambaé, como si todos fuesen unos mismos".³⁰

La Guerra Guaranítica significó para el área platense un evento cuyo significado y trascendencia traspone los límites de los hechos directamente originados en el Tratado de Madrid y su consecuencia inmediata, el levantamiento de los guaraníes de los Pueblos Misioneros.

Este enfrentamiento plagado de intrigas puso en evidencia crisis y decadencia en los sistemas actuantes, y la configuración de sentimientos nacionalistas que marcarían y aún anticiparían, significativamente acontecimientos futuros. Significó un primer soplo de rebeldía que intentaron interpretar y capitalizar los primeros caudillos, improvisados conductores de aquellas masas de desposeídos en pos de una identidad y básicamente en defensa de sus dominios.

Directa o indirectamente, los sucesos ocurridos a partir de la firma del Tratado y sus consecuencias, introducen modificaciones notorias para los territorios del Plata. En primer lugar, como señala Porto, es el primer signo de decadencia y desmembramiento del sistema misionero, agudizándose luego con el despoblamiento de los Pueblos, la expulsión de los Jesuítas, etc.³¹

Por otra parte, las tareas demarcatorias y los movimientos militares suponen una real penetración y mejor conocimiento del territorio de la Banda Oriental por el europeo que hasta ese momento se había limitado prácticamente a explorar sus costas, emprendiéndose además un primer proceso fundacional en particular en lo que tiene que ver con el frente portugués. Hasta ese momento, sólo el indio, los misioneros en sus arreadas de ganado y esa masa heterogénea que va a recibir el nombre de "Gauderios", conocían a sus anchas el territorio.

"A guerra por intermedio das marchas do exército abriu e aplanou as primeiras estradas da campanha desenvolveu o comércio pela necessidade do fornecimento às tropas e finalmente iniciou o povoamento dos campos criadores mediante os soldados que pediam baixa e que por lá se estabeleceram."³²

Para los "indios infieles" de la Banda Oriental marca la intensificación del proceso de aculturación iniciado con la llegada del conquistador, hasta el punto que podríamos hablar de dos momentos: antes y después de la "Guerra Guaranítica". La gran mayoría de estos indígenas asumió, como luego lo harían en la hora de la Independencia, los intereses de la tierra, identificándose con los Pueblos Misioneros y prestando su brazo armado a la lucha entablada en defensa del suelo de sus ancestros. Grupos antagónicos en el pasado, y con una conformación socio-cultural y étnica sustancialmente distinta, sumaban sus esfuerzos y su rebeldía en defensa de sus intereses amenazados. La convivencia de estos indígenas con los pueblos cristianos de las Misiones por lapsos prolongados; la introducción de nuevas pautas culturales en el grupo, su-

mado al empuje colonizador que sigue a la Guerra Guaranítica posibilitando un contacto más intenso entre el conquistador y el indígena, unas veces armado, otras veces pacífico, llevará a un rápido descaecimiento de sus propias pautas culturales.³³ La imposibilidad de una verdadera y real integración lleva al exterminio y a la marginalidad de dicho elemento, donde un reducido número logrará incorporarse a la masa de los desposeídos del medio rural, compartiendo también allí con muchos "tapes" misioneros ese mismo rol.

NOTAS

* Licenciado en Ciencias Antropológicas con especialización en Prehistoria y Arqueología. Facultad de Humanidades y Ciencias. Universidad de la República. Uruguay. Docente encargado del curso de "Prehistoria y Etnohistoria del Uruguay y Cuenca del Plata". Departamento de Antropología. Facultad de Humanidades y Ciencias. Uruguay. Técnico del Departamento de Arqueología de la Comisión del Patrimonio Histórico, Artístico y Cultural de la Nación. Ministerio de Educación y Cultura. Uruguay.

1. FURLONG, G. s.J. 1962. *Misiones y sus Pueblos de Guaraníes*. Buenos Aires. p.648.
2. PASTELLS, P. s.J. 1949. *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*. Madrid. T. VIII (1ª parte). p.9-18.
3. FURLONG, G. s.J. 1962. Op. cit., p.656.
4. Del ____ P. José Barreda al Marquez de Valdelirios. En: BAUZÁ, F. 1965. *Historia de la Dominación Española en el Uruguay*. Montevideo. T. III. p.83.
5. MATEOS, F. s.J. 1951. La Guerra Guaranítica y las Misiones del Paraguay. Segunda Campaña (1755-1756). En: *Misionalia Hispanica*. Madrid. T. IX. p.100.
6. ASTRAIN, G. s.J. 1925. *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*. Madrid. T. VII. (1705-1758). p.688.
7. FURLONG, G. s.J. 1962. Op. cit., p.674.
8. KRATZ, G. s.J. 1954. *El Tratado Hispano-Portugues de Límites de 1750 y sus consecuencias*. Roma. p.155.
9. ACOSTA Y LARA, E. 1961. *La Guerra de los Charrúas en la Banda Oriental*. (Período Hispánico). Montevideo. p.39.
10. PASTELLS, P. s.J. 1949. Op. cit., p.20-3 y 33-4.
11. A.G.N. Montevideo. Colonia: Caja 2. Carpeta: 24.
12. A.G.N. Montevideo. Colección Falcão Espalter. (Copias del Archivo de Indias. Sevilla). *Gobierno de Don José J. de Viana*. T. IV. p.182.
13. ACOSTA Y LARA, E. 1961. Op. cit., p.97.
14. LEONHARDT, C. 1922. La guerra de los siete pueblos. En: *Revista 'Estudios'*. Buenos Aires. T. XXII. p.223.
15. A.G.N. Montevideo. Colección Falcão Espalter. (Copias del Archivo de Indias. Sevilla). *Gobierno de Don José J. de Viana*. T. III. p.43.
16. A.G.N. Montevideo. Idem. T. III. p.126-7.
17. PASTELLS, P. s.J. 1949. Op. cit., p.66, 122 y sigs.
18. —. Op. cit., p. 123.

19. HENIS, T. X. s.J. 1836. Diario Histórico de la Rebelion y Guerra de los Pueblos Guaranis, situados en la Costa Oriental del Rio Uruguay, del año de 1754. p.3. En: ANGELIS, Pedro de. 1836. *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata*. Buenos Aires. T. V.
20. —. 1836. Op. cit., p. 31, 33 y 53.
21. —. 1836. Op. cit., p. 53.
22. RODRIGUES DA CUNHA, J. 1853. Diario da Expedição de Gomez Freire de Andrada as Missões do Uruguay pelo Capitaõ... En: *Revista do Instituto Histórico e Geographico do Brazil*. Rio de Janeiro. T. XVI. N. 10. p.228.
23. ACOSTA Y LARA, E. 1961. Op. cit., p. 101.
24. HENIS, T.X. s.J. 1836. Op. cit., p. 34 y 40-1.
25. ACOSTA Y LARA, E. 1961. Op. cit., p. 245.
26. PERNETTY, A.J. 1770. *Histoire d'un Voyage aux isle Malouines, fait en 1763-1764*. París. T. I. p.295. ACOSTA Y LARA, E. 1961. Op. cit., p. 244-7.
27. Acuerdos del extinguido Cabildo de Montevideo. En: *Rev. del Arch. Gral. Adm.* Vol. III. p. 280.
28. ACOSTA Y LARA, E. 1961. Op. cit., p. 246.
29. Acuerdos del extinguido Cabildo de Montevideo. Op. cit. T. III. p. 289, 293 y 357, etc.
30. SCHULLER, R.R. 1906. *Sobre el origen de los Charrías*. Santiago de Chile. p. 46.
31. PORTO, A. 1943. *Historia das Missões Orientais do Uruguai*. Rio de Janeiro. p.422.
32. LIMA, A. 1882. *Historia popular de Rio Grande*. Rio de Janeiro. Cit. en: PORTO, A. 1943. Op. cit., p. 422.
33. CABRERA, L. 1983. Los Repartos Indígenas de 1831. En: *Revista Antropológica*. N. 2. Oct. 1983. Montevideo. p. 31.